

ni menos realizada? Hemos de luchar por nosotros mismos para que resulte el bien general y la obra de cultura, porque así lo exigen nuestro egoísmo y nuestra vanagloria. Pero solamente de lo impersonal puede irradiar nuestra felicidad y nuestro renombre legítimo. ¡Ay de aquel que lo olvida! Será siempre el muchacho de la percalina, el aficionado que se arroja al ruedo con la esperanza de una contrata, el injuriador perpetuo de los grandes maestros, que unas veces les tenderán su mano compasiva y otras los entregarán piadosamente á los guardias para que los lleven al hospital.

Carabanchel.

### LO PASADO, PASADO

Adivino, como todos los grandes poetas dramaturgos, nos procura Linares Rivas en *Flor de los pazos* una enseñanza harto melancólica. Lo pasado no vuelve... y no debe volver. Pretender renovarlo es dar al desengaño pretexto para que nos sorprenda y nos abrume. Vuelto el protagonista de Linares á la patria por que tanto lloró, la encuentra muy distinta de como se la representó su imaginación enferma de ausente. El río, *su río*, es menos ancho que lo que él recordaba; son sus linfas, menos transparentes, y sus riberas, menos frondosas; aquellos senderos que recorrió de pequeñuelo con la alegría en las pupilas y el himno del candor en los labios, son más áridos y arenosos; el caserío es menguado y misérrimo; la luz misma del Sol alumbraba de otro modo que cuando

piaban los pájaros una anacreóntica que hoy no aciertan á modular. La nostalgia de las nuevas ciudades en que ha vivido algunos años es más fuerte que los desvanecidos ensueños. Únicamente puede ya retenerle en el viejo terreno lo que nunca envejece y siempre se renueva: el amor.

Semejante desilusión es el castigo de las prolongadas ausencias. Un escritor muy perspicaz, Salaverría, hacía, en su libro sobre la Argentina, notar de qué modo los emigrantes, después de sentir durante muchos años la tristeza del alejamiento, experimentan, vueltos á su patria, el ansia del retorno. Lo pasado no es como nos lo representa la memoria: tiene *el azul de las cosas lejanas*. Las grandes masas del espacio, como las del tiempo, azulean. Por su parte, la imaginación agranda los lugares; todos nos hemos paseado con la imaginación á grandes trancos por habitaciones memorables que apenas miden cinco ó seis; hemos aspirado el perfume de flores que jamás lo tuvieron y reconfortado el espíritu con el sol de mañanas, que acaso fueron de neblina ó de lluvia. Por eso, las que juzgamos tiernas canciones de nuestra juventud hacen sonreír á los adolescentes. Si visitáis de nuevo los lugares en que se deslizó vuestra infancia, creedme, no llevéis en indiscreta compañía á vuestros hijos, ni mucho menos á vuestros nietos. Su mirada compasiva, su sonrisa escéptica y fría, será para vosotros una herida mortal.

Nos hacemos ilusiones muy halagüeñas, pero muy falsas, al hablar de los españoles de América y al recordar que hay, más allá del Atlántico, muchos millones de compatriotas que sueñan con volver á la patria que los vió nacer. No creáis tal: la mayor par-

te ya no es española: se ha creado intereses y afectos nuevos. No volverá; y si vuelve, será para repetir la perdurable cantinela de nuestra incuria y nuestro atraso, aturdirnos con palabras y modismos bárbaros, recordar todos los días á su patria adoptiva y lamentarse de su imposible adaptación. Para que, transcurridos algunos años de odisea, parezca hermosa una patria ó una mujer, es preciso que la patria sea la antigua Grecia, y la mujer, Penélope.

Quien esto escribe visitó, no hace mucho, una valedudinaria ciudad en donde transcurrieron los ameneres melancólicos de su espíritu. Treinta años de ausencia le hacían recordarla con las lágrimas en los ojos y el sobresalto en el corazón. Imposible olvidar sus plazas solitarias y friolentas, con sus revuelos circulares de papelillos y de hojarascas, sus murallas medio derruidas, sus legendarios ábsides, sus seculares templos románicos, sus callejones nobles y adustos, recorridos tantas veces á la luz de la Luna. Sobre el apollillado y recio portón de una basílica, una noche de romántica fiebre esculpió temblorosa, al fulgor de los astros, la mano de un niño, este lema de idealidad y de rebeldía: *Nihil divinum a me alienum intelligo*. Cerca de la ciudad recordaba como un sueño esta frase, que simbolizaba para él la poesía inefable de una infancia sedienta de amor y de gloria. Llegó á la ciudad. La encontró miserable y prosaica. Una vez de noche, recorrió varias callejuelas infectas; llegó hasta el rincón ensoñado y, en el apollillado portón, vió con estupor la inscripción magna y definitiva, y quedóse atónito. Tenía una horrible falta gramatical.



Fascinados por el azul de la lejanía, somos defraudados por el espacio y por el tiempo. No son únicamente mentira los viejos lugares, sino las edades preteritas. Si fuese posible volver á la infancia y—como dice el vulgo—lo pasado, pasado; es decir, si pudiéramos retornar á ella con nuestra cultura y nuestra experiencia, nos parecería sencillamente abominable. ¡Oh, las tonterías deplorables, los espectáculos de mal gusto, los repulsivos prosaísmos! ¿Cómo pudieron cautivarnos aquellas perspectivas, ni inspirarnos afecto aquellas buenas gentes? Fué para Allighieri una gran fortuna no volver á encontrar á su Beatriz sino en el Paraíso y en sueños. Si á cada uno se nos preguntara qué escena quisiéramos ver reproducida de nuestra juventud al blanquear nuestros cabellos, y viviéramos nuevamente esta escena á la luz de nuestra experiencia, apenas comenzada, mandaríamos inmediatamente al invisible taumaturgo bajar el telón. Y miraríamos desde entonces con más afecto el inapreciable presente; en verdad, es hermoso ser joven. ¡Ah, quién pudiera volver á los años rosados, y lo *pasado sin pasar!* Por eso, Mefisto, al dar el brío de la mocedad al doctor, cuidó muy bien de quitarle previamente la sabiduría. De otra suerte, para él, todo el mundo hubiera sido Walpurgis.

¡*Lo pasado, pasado!* Pero lo pasado es, precisamente, el saber; es decir, la desilusión. Es pretender conservar el Paraíso, después de morder la manzana; desear ser á un tiempo sabio é inocente, como la niña de la dolora; querer encantarse con el juego de prestidigitación luego de haber mirado el doble fondo; ignorar que, como escribe Emerson, la fascinación reside en el símbolo. Lo pasado es pasado;

se ha desvanecido en lo eterno; se ha extinguido como la luz en el seno del viento. *Sit terra levis.* Descanse en paz.



¿Y no es bueno que lo que al tratarse de los individuos parece absurdo, se considere lógico y natural cuando se trata de los pueblos? Dígase individualmente lo que se crea oportuno; es muy raro encontrar un hombre que quiera, sabiendo lo que sabe, volver á ser niño. Sin embargo, todos los días se nos habla, como de un ideal al que hay que volver, de la España tradicional. El *¡qué tiempos aquellos!*, tan popularizado por Arderius, parece ser el tema obligado de la mayoría de los españoles. Volver á las épocas de la reconquista, del fuero de Logroño, ó siquiera á las de la ronda de pan y huevo, es el *desideratum* de nuestros doctores en rutina. España no puede ser grande, según ellos, porque se apartó de sus tradiciones venerandas y sus designios providenciales. Y, al escuchar este peregrino aforismo, todos suspiramos y decimos: «¡Oh, nuestra España, la vieja España! ¡Aquellos tiempos fueron los de grandeza; entonces fuimos lo que ahora quisiéramos ser!»

Pero si se hiciera posible colocarnos en la época considerada como más gloriosa, ¡qué desilusión y qué abatimiento! Quedaríamos asombrados al ver que los cráneos de nuestros antecesores eran mucho más pequeños que los nuestros, y sus cuerpos, en general, harto más débiles y desmembrados. Todo ello podíamos haberlo comprobado sin más que tomarlos el trabajo de medir en nuestros museos sus cascos y armaduras. Echaríamos inmediatamente de me-

nos el alumbrado, los medios de transporte, el regalo doméstico, la comodidad de la indumentaria, el aseo, el género de alimentación, la higiene y, sobre todo, la cultura. Los literatos que pretenden volver al lenguaje del Arcipreste lo encontrarían chavacano y vulgar y, antes que nada, insuficiente para expresar las modalidades y estados del espíritu. Las mujeres, desprovistas de las prendas que la limpieza ha hecho más necesarias, incluso el pañuelo de faltriquera, ineducadas, zafias, malolientes, se nos antojarían repulsivas. La falta de un ideal colectivo, humano y de seguridad personal nos haría codiciar inmediatamente el manifiesto del más descabellado partido político y aun la misma ley de Jurisdicciones.

Porque lo hermoso del pasado es tan sólo lo que sobrevive: las manifestaciones del Arte, las sublimidades heroicas y abnegadas, las prodigiosas creaciones de la Literatura, las enseñanzas de cualquier género, precisamente lo que está incorporado á la cultura nueva y, por su naturaleza esencial, es de todos los tiempos. Lo que muere es el concepto mezquino de la vida, la manifestación circunstancial de una comprensión parcial de las cosas. Y todo eso bien muerto está, y no habrá poder que lo resucite.

Sin embargo, seguimos mirando con empeño á la lejanía. Y es bien que miremos. Es engañosa, pero azulea. Necesitamos pensar en el pasado y en el porvenir, porque el presente—el decantado presente nietzchiano—no es mas que un punto entre dos infinitos. Es hermoso soñar con la historia pretérita, la juventud lejana ó la patria ausente, para entreverlas, no como son, sino como nosotros quisiéramos que fueran. Llevemos el foco de nuestra idealidad al pa-

sado como al futuro, á los cercanos valles y á las cumbres remotas. Proyectemos en la Historia grandezas; en la Tierra, recuerdos; en el cielo estrellado, dioses... Acaso es esta la única tarea que vale la pena de vivir.

### EL MONUMENTO

Nuevamente se insiste en la idea de alzar una estatua á *Lagartijo*. Parecía olvidada tan peregrina iniciativa, cuyos defensores adujeron para su pro un bizarro argumento: «Tienen estatua muchos ladrones; ¿por qué no ha de tenerla quien á nadie en el Mundo hizo mal?» Semejante razón autorizaría para construir un monumento en honor de Angel Primero ó del perro *Paco*. Después de todo, no es probable que esta nueva ocurrencia desatase las iras de nuestros poetas futuristas en una flamante «cólera del bronce».

Yo también quisiera ver erguida la estatua broncea ó marmórea de aquel á quien los taurófilos fervientes apellidaron el *Califa*; pero con la condición de que se esculpiera en su pedestal, con letras de oro, la colosal, la magna, la insuperable crónica de Eugenio Noel. *Lagartijo* es tal vez el genio de la estirpe. En su rostro celtíbero hay la mandíbula de la energía, la nariz de la audacia, los labios de la voluntad, los ojos de la nobleza, la frente de la fuerza, el cuello de la servidumbre, el mentón de la resistencia, los pómulos de la sobriedad. En esa armonía de lí-

neas no hay luz. Su cabeza dolicocefala es la de un presidiario, de un héroe, de un descubridor, de un aventurero, de un político ó de un minero. Y como no puede ser esto, es un «flamenco». Al sabio le espanta, á la multitud la amedrenta, al hombre de ciencia le hace pensar, al pueblo lo subyuga. Es un valor falso, sin duda; pero es un valor.

«Así es—dice Noel—nuestro pueblo: quiere y no puede. Es un hijo del Sol y de la Pereza. Ignora el justo valor de la sangre, y la derrama. Para él, esa sangre se forma en el corazón con el único objeto de manchar la femoral... Documento eterno de una pasión que arrasó una raza, muestra el mal en todo su esplendor.

Somos así. Elevando esa efigie, nos veremos tales como nos hizo el flamenquismo... Es una efigie que nos hará bajar los ojos avergonzados, que hará el inventario de nuestras desdichas. ¿Quién es el artista que no ve en la torería la síntesis de una raza degenerada, convulsa, que halla hoy gigantes en los toros, como un tiempo los vió en los molinos de viento de Esquivias?»

Tiene razón Noel: conviene que se eleve la estatua á *Lagartijo*. Pero yo propongo que no sea en Córdoba, en donde aún no la tienen Séneca ni Maimónides, sino en Madrid y en uno de los cuatro ángulos de la plaza de Castelar.



Porque uno de los ángulos lo necesita el toro. ¿Acaso no es otro de los protagonistas de la fiesta? ¿No se ha demostrado que de su valor y pujanza depende el éxito de la lidia? Sí: es necesario otro pe-

destal para el toro, arrogante, bravío, como en la medalla de Clunia, como lo fueron las reses memorables en cuyo honor agitó sus pañuelos el gentío demandando el perdón, bien ganado ante los jinetes, ó bien agonizante, vencido, por la estocada fulminante del *Machaco*, babeante, despatarrado, cercano al total derrumbamiento de su pesada mole, pero sin que la mirada se nuble ni se incline abatido el testuz.

No es bien que miremos al torero sobre un pedestal sin que enfrente se levante el del toro. No pueden estar separados, como no pueden estarlo Aquiles y Ayax. Son los héroes que se disputan el vitor y el aplauso, con la inconsciente y arrojada bravura de una sangre encendida por el sol de la Penibética. Centelleantes las pupilas, aguzadas las astas, el cuello tembloroso de cólera, los remos ágiles y dispuestos á la embestida, sale de su encierro el cornúpeto, orgulloso, como si presintiera que en él consiste que la muchedumbre aclame ó vocifere, caiga en el paroxismo ó en el abatimiento. Nada hay en él del manso y pacífico rumiante que bebió en la linfa de los prados serenos y pareció escuchar en el crepúsculo perfumado, con la quietud hierática del buey de Lecomte, los rumores solemnes, y ensanchó sus fauces á los olores campesinos, como si aspirase humaredas de altar. Ahora es acometedor, impulsivo. Parece contaminado del delirio de la multitud, ebria de sol canicular y de alcohol, de vocerío ensordecedor y colores enteros y chillones. En esta actitud épica y arrogante debe cincelarle el buril.

Y hace falta otro pedestal para el caballo. Él da la nota emocionadora é intensa. Su inocencia ante el

sacrificio contrasta con la fuerza y la astucia del lidiador y de la res. Con los ojos vendados, dócil al espoleo y á la rienda, imagen de la vejez y de la ruina, que es el fin de todas las Itálicas de carne y de hueso, avanza hasta presentar el pecho indefenso á las buidas astas del bruto. Tal vez cree ser guiado en aquel momento por la mano delicada de la amazona ó, á lo sumo, por la más vigorosa, pero no más prudente, del tronquista. Nada sabe de su mal, ó está resignado, y cuando cae, deshecho el pulmón ó rajado el vientre, no lanza un relincho de dolor: cae resignado, golpeando la frente contra la valla en el pos-trer desfallecimiento, como pudo caer el gladiador al pie de la gradería de los senadores ó las vestales.

Pero un ángulo queda todavía con su pedestal en la plaza. ¿Quién ha de ocuparlo sino el espectador? Elemento fundamental de la obra artística, él es, con su frialdad impassible, su nariz olfateante de glóbulos rojos, y su sonrisa dura y siniestra, el que más sobrecoge de los cuatro. Por él, los reyes del anillo reinan ó vierten su sangre á raudales. Su personificación es el hombre pálido y desmedrado, extenuado tal vez por la privación, que oculta la desnudez interior y tal vez la miseria, alzando hasta la nuca el grasiento cuello de la americana. Á su lado, uno ó dos pequeños lagrimotean, pidiéndole pan. Él, erguido en su pedestal, no puede escucharlos. Tiene en su mano temblorosa el billete de grada y lo alza, con ademán de triunfo, como inmarcesible presea. Una vez en la vida será César, puesto que podrá arrojar su anillo ó su gesto de condenación implacable al estadio.

Y una vez colocadas sobre sus plintos las cuatro estatuas, ¿qué situar en medio de la plaza? Nada,

puesto que ella tiene su monumento. Es la diosa Cibeles, Rea de la naturaleza salvaje, diosa de la tierra áspera y abrupta, personificación de todos los campos sin cultivo, de todos los solitarios y estériles yermos, deidad frígida del abandono rústico, de las razas depauperadas y misérrimas; pero radiante, excelsa, plena de vanidad egolátrica, que desdeña los animales de labor y los instrumentos de cultivo, empuña su cetro de oro y de pedrería, olvida su propia pobreza, se reclina en su carroza de nácar y se hace conducir por leones.

### COMIENZA EL AÑO

Quiero creer, como cuando era niño, que un año que pasa tiene guedejas rubias en Enero y barbas nevadas en Diciembre, como el viejo Noel. Pláceme, en estas noches largas y crudísimas de frío y desaliento, imaginar que por las medrosas y solitarias calles pasa el año caduco, dejando en los dinteles de las puertas, unas veces, dones inesperados, y otras, enseñanzas y ejemplos. En una de esas noches de abandono y de fiebre, he creído escuchar las trémulas pisadas del año que se va, y recibir en mis manos calenturientas un pliego. Contiene algunas frases sueltas, que son la experiencia de doce meses. Las he copiado, y allá van.

✻

Se dice, desmintiendo á los dogmas, que los cielos están vacíos; pero mientras exista el infortunio, el

hombre llenará las inmensas soledades intersiderales con una palabra suprema.

La abstracción es como un espejo tapado, que reflejaría muy bien las cosas si estuviera en contacto con ellas: tal es el secreto del fracaso de la Ontología.

Eso de que el espíritu humano no pueda ser estudiado sino en series, revela la complejidad de las curvas que actúan en la mecánica ideal. En Psicología como en Moral, no hay ecuaciones de primer grado.

El mundo del «porqué» tiene más de tres dimensiones; de aquí nuestra incapacidad para comprenderlo. Los moralistas no suelen ver mas que una, como la hormiga que caminara sobre un alambre.

No se puede ser ingrato consigo mismo; por eso, olvidando con frecuencia los favores ajenos, tomamos tanto afecto á las personas á quienes prodigamos el bien.

Pilatos preguntó al Mártir de Galilea lo que era la verdad. Después de veinte siglos, la pregunta sigue sin contestación... para los Pretores.

Los protagonistas de las obras dramáticas suelen entrar en escena con inusitado aparato, y aun á son de atambores. En las comedias de la vida, entran calladamente, revueltos con el coro: nada suele anunciarnos la presencia de quien ha de cambiar nuestros destinos. Luego, arrojamos bendiciones ó maldiciones sobre la hora en que lo conocimos... y no recordamos cuál fué.

Perdonad á los críticos iracundos: cada uno tiene escondido su libro de versos.

A nadie se conquista más pronto que á una mujer

coqueta, como con nada se opera mejor que con una variable. Es cuestión de saber calcular.

¿Qué es el tiempo? Probablemente un concepto abstracto; el orden en que se realiza la sucesión de los fenómenos. Si nos observan con aparatos que permitan ver los detalles más minuciosos, los habitantes de esas estrellas, cuya luz tarda en llegar hasta nosotros dos mil ciento veintinueve años, estarán presenciando en este momento, como actual, la batalla de Cannas.

Quando vayas á poner en ridículo á una mujer, súmérgete primero en la Estigia; pero no dejes fuera ni siquiera el talón.

Reconocemos sin dificultad que hay hombres superiores, con tal que estén de nosotros á prudente distancia. Así, agrada mirar desde lejos las grandes pirámides, cuando nos es fácil taparlas con la punta del dedo.

Si el amor es ciego, la pasión, por lo menos, es miope.

Hay una edad en que los viejos bienhechores nos parecen rivales, como hay otra en que los antiguos rivales se nos antojan bienhechores.

Es probable que con muchos Tarquinos pudiera formarse una muchedumbre ideal; pero es imposible que en una muchedumbre no haya millares de Tarquinos.

Los antropólogos se obstinan en presentarnos el medio como un vector, siendo así que es un campo en que hay muchos vectores y no pocos fenómenos de presencia.

Todas las herencias fisiológicas se pueden tomar por el hombre prudente á beneficio de inventario.

Cuéntase que un mujik dijo á Pedro I: «¿Cómo ¿Sois el emperador? Yo os creía mucho más grande.» A lo cual contestó el vencedor de Carlos de Suecia: «¿Cómo! ¿Es este el pueblo ruso? ¡Yo lo juzgué mucho más pequeño!»

La amistad suele ser una sociedad entre dos hombres, de los cuales uno pone el afecto, y el otro, la envidia.

La mayor parte de las veces que se llama á los hombres á la defensa del Derecho, pudiera preguntarse ¿De quién?

Es la Historia una narradora astuta que se calla lo más interesante por no herir á los que la pagan. ¡Oh, institutriz odiosa de la vida!

Acaso todo el progreso económico esté en invertir la ley de Malthus. Sin embargo, siempre será mejor que haya muchos hombres que no que abunden extraordinariamente las berzas. Lo peor es que la mayor parte de los seres humanos llevan dentro del cráneo una planta crucífera.

Amar á una sola mujer es propio de un gran corazón; prendarse de varias revela casi siempre un cerebro muy perspicaz; gustar de todas, como Tenorio, es, sencillamente, poseer un estómago privilegiado.

El espacio se mide por los objetos que conocemos; sin ellos no tiene realidad. Los hombres lo gradúan por el esfuerzo que cuesta recorrerlo, y aun por el gasto de numerario que ello supone. A un amigo campesino que me invita á pasar con él las vacaciones, le he contestado: «Vuestra casa dista de la mía algo más que Milán: está á doscientas veinticinco pesetas.»

Arte que no conmueve puede ser sabio, varonil, perfectísimo. Como el caballo de Rolando, sólo tiene un ligero defecto: está muerto.

No será buen maestro quien no sepa medir la capacidad de la escuela en el color de las mejillas de los alumnos, y la de su sistema pedagógico en el brillo de las pupilas de sus oyentes.

En Francia, como en Alemania, se hace filosofía. Wundt, Eucken y Schmöller hacen la de la Humanidad, mientras Bergson dicta la de Montmartre.

Arrojar pensamientos al aire, deshojar flores de idealidad, podrá ser estéril; pero es muy hermoso y confortador. ¡Mientras haya pétalos!...

Graus.

### SOLITARIOS

Hay en la capital leonesa calle de López Castriellón, de Dámaso Merino y paseo de Papalaguinda; lo que no hay—que yo sepa—es calle de Juan de Badajoz, de Doncel ni de Orozco. Sin embargo, estos tres artistas simbolizan en León todo el Renacimiento castellano (sí, admirado Maeztu: castellano). Especialmente, Juan de Badajoz fué todo el siglo xvi.

Tan punibles olvidos han de ser prontosubsanados, porque el León actual es una capital cultísima y trabajadora, en pleno resurgimiento intelectual, bien administrada y merecedora de los más entusiásticos elogios.

El mejor que se ha hecho de la catedral ha sido

decir que no tiene más piedra que la necesaria «para sostener los cristales». De San Marcos puede decirse que no tiene más huecos que los estrictamente precisos para justificar los muros. ¡Y San Marcos compite con la catedral en elegancia, finura y gallardía!

Tal es la soberana gracia, la suprema armonía del Renacimiento. Quejábase en su calabozo el gran don Francisco de Quevedo de que no medía de largo sino veinticuatro pies; de que era húmedo y lóbrego, tanto que más se asemejaba á recogimiento de salteadores fugitivos que á prisión de un caballero honrado. Bien pudo añadir: «Desde aquí no se ve la fachada.» Por esta expresión hubiérase podido medir lo insoportable de su tormento.

San Isidoro es el siglo oncenno y el arte bizantino, como la catedral la trece centuria y la inspiración gótica. San Marcos es el siglo xvi y el Renacimiento inmortal, el resurgimiento de la vida, aplastada por el misticismo, con sus proporciones helénicas, su culto de lo humano y su reverencia á la serenidad de las cosas que se renuevan.

Y es el Renacimiento leonés aún más opulento que el florentino. San Marcos jamás pudo ser una iglesia, ni menos un convento: es un alcázar prodigioso, mansión de reyes, de caudillos, de grandes señores, habituados, según la tradición, desmentida á veces, al ocio aristotélico ó al refinamiento sensual.

Gran pesar es para quien escribe no poder decir nada nuevo ante las maravillas artísticas. Se ha agotado el vocabulario de los elogios; se ha hecho el inventario minucioso de los portentos. ¿Qué no se ha escrito de la sillería coral de Doncel? ¿Qué no de los Cristos bizantinos, del estupendo San Francisco, de

las aras, los sepulcros, los capiteles descabezados y amontonados en los claustros, de los códices del archivo y, sobre todo, de los medallones de la fachada y su ornamentación suntuosa y gentil? Y, no obstante, jamás se ha dicho lo suficiente: siempre queda un rincón en estos alcázares de la idealidad que no ha sido suficientemente elogiado. En San Marcos tal es la sacristía, obra de Juan de Badajoz, quien, al concebir su trazo y ornamento, llegó á las cimas de la inspiración más excelsa.

A esta portentosa y divina estancia, dedican las descripciones semidogmáticas algunas líneas. Quince la consagró don José María Quadrado, y en ellas no hay la más leve alusión á los bustos que adornan las paredes. Y ellos son tan perfectos, tan admirables, que por sí solos inmortalizarán el arte sublime de Juan de Badajoz.

En compensación del censurable olvido, el señor Quadrado lamenta la ausencia de los jesuítas en el edificio. ¡De los jesuítas, que lo poblaron de retablos absurdos, templetos abominables, torpes copiones y altares barrocos! ¡De ellos, que instalaron un órgano grotesco al lado de la sillería y encalaron los sillares para imitar la piedra oculta debajo del yeso, y tapiaron preciosidades y cometieron todo género de delitos de lesa ignorancia! Para el Sr. Quadrado, vana palabra es el pomposo título de «Monumento nacional». Por inútil que sea, juzguen los artistas si es ó no preferible al de «Residencia».

El artista es siempre y en todo lugar un solitario; pero ahora no lo es tanto como en los siglos de estúpida ignorancia, de malaventurada recordación. Si hubieran pensado los artífices en los atentados

de que iban á ser blanco sus obras, hubiera caído de sus manos paralizadas el cincel. Si se hubiera advertido á Juan de Badajoz que, cerca de tres siglos después de modelar aquellas cabezas femeninas arrebatadoras y subyugantes, medio encubiertas unas por el velo oriental, pero mostrando en sus líneas y su expresión toda la seducción y la magia del cincel griego; vueltas otras con aire de desdén, como debió volver la suya Friné ante los jueces del Areópago; altivas y osadas las de los guerreros de barba florida y benevolentes las de los sacerdotes y de los sabios como quien tiene la convicción de llevar impreso en su frente el sello del genio; cálidas todas, turgentes blandas, como lo fué el pentélico mármol bajo la presión de los dedos de Miguel Angel; si se le hubiese profetizado, digo, que, transcurridas cerca de tres centurias, nadie, ni aun los hombres consagrados á escudriñar las bellezas más nimias, iba á hacer justicia á sus obras, ¿no hubiera desmayado en su labor intensa é impreso en la fisonomía de sus estatuas la expresión amarga de un descorazonamiento letal?

«¡Dichosa edad aquella!»—escribió el genio de los genios, refiriéndose á la que los antiguos llamaron de oro. Pero la edad de oro está en el futuro. Será aquella en que el coro excederá en mérito, valor y grandeza á los héroes, en inspiración á los artistas, en inteligencia á los sabios, en bondad y magnanimidad á los buenos; será la edad bienaventurada y feliz en que un artífice soberano no esculpirá para cien rebaños de esclavos groseros, ni un escritor hambriento y menospreciado legará el *Quijote* á los alcaldes de Argamasilla, á los barberos, á los curas de misa y olla y á los caballeros de verde gabán, sino